

jero que experimentó lo que dejamos dicho, bebi inadvertidamente cierta cantidad de agua. Mi intención había sido la de beber un poco, pero tomé más de la que hubiera deseado: es la bebida más amarga y nauseabunda que puede darse; la lengua y el paladar me quedaron como quemados, sobrevinome una violenta tos, y retiréme á la orilla. Cuando volví á entrar en el agua, induje á uno de los compañeros á que me siguiese, pero experimentó tan extraña sensación que le sobrecogió el miedo á pesar de ser muy buen nadador, y retiróse más que aprisa. Parece que se flota sobre aceite; esta agua no tiene la menor señal de frescura, es desagradable al tacto, y con facilidad indispondría á cualquiera. Es preciso nadar de costado, pues de este modo se tiene un pie y una mano en el agua y se puede avanzar más fácilmente. He adquirido la certeza de que el experimento de Vespasiano es tomado exactamente de Josefo, y compadezco á los infelices que sirvieron para la prueba. Aunque no sabían nadar y tenían pies y manos atadas, reaparecieron en la superficie sin duda, pero debieron beber una cantidad excesiva de esa repugnante agua. Yo, que me había propuesto ir muy adelante, temí los rayos del sol, aunque llevaba un buen sombrero de paja. Lo dejé flotar un instante sobre el agua y me empeñé en sumergirlo; á pesar de todos mis esfuerzos, á duras penas me zambullí unas dos brazas en el agua, sin ver absolutamente nada en tan insignificante profundidad, ya por lo denso del agua, ya por experimentar un vivo dolor en los ojos, el cual cesó cuando volví á la orilla, experimentando tan sólo una fuerte comezón en las manos y en los pies, en donde me picaron los insectos en la noche anterior. Por lo demás, ese baño no me causó el menor mal; sólo me ocasionó una sed abrasadora en lo restante del día, por razón sin duda del agua que había bebido: parecíame que la lengua y el paladar estaban cubiertos de sal, y hasta el día siguiente conservé amarga la boca. Varias veces nadando había bebido agua del mar; pero nada hay comparable con el mal gusto de la del mar Muerto, la cual me causó una sed devoradora, que sólo se templó al cabo de tres horas en la fuente del Eliseo. A mi regreso á Europa, algunas personas que han querido probar esta agua se han sentido indispuestas.»

Compárese este experimento con el del inglés Legh, que se bañó en el mar Muerto con sus compañeros, á pesar de las observaciones de los árabes que les acompañaban. «Aunque la mitad de nuestro cuerpo, dice M. Legh, pudo nadar muy bien, era impelido hacia arriba de un modo extraño. La sensación que experimentamos al zambullirnos fué notable, pues nos pareció que habíamos perdido la pesadez; pero luego

todas las partes del cuerpo que estaban escoriadas, nos escocieron terriblemente. El agua nos pareció amarga y saladísima. De este experimento muchos de nosotros sacamos diferentes incomodidades. El cuerpo nos quedó cubierto de cierta capa oleosa, y á pesar de lavarnos cuidadosamente no pudimos quitarla en mucho tiempo; además, durante algunos días se nos fué cayendo parte de la piel.»

Este es el famoso mar, testimonio de las humanas corrupciones y de las celestes iras; el mar Muerto no tan sólo carece de islas, quedando así la maldición divina aislada al abismo de las aguas, sino que está patente y marcada también en las riberas y tierras de sus contornos.

Propiamente hablando no son más que polvo y ceniza, como sucede en un vasto incendio; polvo y ceniza, á quienes ni el rocío ni las lluvias acostumbran comunicar ni la vida, ni la fecundidad. Tanta desolación, tanta ruína, sucesora de aquella feracidad, de aquella exhuberancia de los adámicos tiempos, son rastro evidente, por la virtud de su elocuencia, del allanamiento producido por la mano de un Dios. Abramos de continuo la Escritura Santa, obra de Aquel ante cuyos ojos pasaron y pasarán todos los acontecimientos, y tendremos un guía competente y fiel.

A poca distancia del sitio en que se supone alzabase Sodoma, y en la cima de un collado, existen los restos de una de las ciudades más fuertes del país y último baluarte de la independencia nacional, de la antigua Masada. Los pormenores conservados por Josefo del trágico suceso de que fué teatro el recinto de aquella ciudad hielan el alma. Novecientas sesenta personas estaban encerradas en la fortaleza de Masada y estrellábase en sus muros todo el ardimiento de los ejércitos romanos. Eleazar era el jefe de la plaza, y en el pecho de cada uno de sus guerreros latía el corazón de un héroe. Los romanos rodean la sitiada ciudad con alto muro, para que nadie escape al furor que los enciende, y ponen en movimiento las máquinas de guerra para batir la ciudadela. A fin de amortiguar los redoblados golpes del ariete, levantan los sitiados fuerte empalizada, á la que los sitiadores ponen fuego. En un principio, impetuoso viento lleva las llamas á su campo y les obliga á retirarse; pero, mudado á poco el viento, vése envuelta la fortaleza en torbellinos de fuego, aterrorizados los judíos, claman al cielo, que parecía combatir contra ellos. Eleazar, sin pensar ni un instante en la fuga, reúne á sus soldados, y con el entusiasmo de la desesperación, los exhorta á darse muerte y á matar á sus hijos y mujeres, *para que vean nuestros enemigos*, dijo, *que hemos preferido morir, á ser esclavos*. Vacilaban algunos en aceptar

tal partido, y el caudillo, más y más exaltado, hablóles de la inmortalidad del alma, con palabras tan elocuentes, con miradas y gestos tan persuasivos, que sus compañeros le interrumpen decididos á llevar á cabo la terrible resolución. Vióseles entonces abrazar á sus mujeres é hijos con convulsiva ternura y hundirles luego la espada en el seno; la suerte designó á diez para dar cima á la espantosa matanza, y el último de ellos, después de prender fuego á los objetos preciosos acumulados en la fortaleza, se dejó caer sobre la punta del acero. Al día siguiente, cuando el general romano Flavio Silva penetró en aquella Numancia, quedó sobrecogido de pavor á la vista de los cadáveres anegados en sangre; dos mujeres y cinco niños, ocultos en subterráneo acueducto, quedaron con vida y refirieron las circunstancias del lúgubre drama.

Las ruínas de Masada inspiran respeto; quedan aún vestigios de una de las puertas, y en los robustos paredones y en los restos de mosaico y de cisternas puede reconocerse el palacio de Herodes.

¡Despedida digna, para el viajero, del triste mar y de las desoladas riberas que aun conservan las huellas de los divinos castigos!

III

Al viajar por la Judea se apodera pronto del corazón un profundo disgusto; pero cuando pasando de soledad en soledad, el espacio se extiende sin límites á la vista, el disgusto se disipa poco á poco, y se experimenta un terror secreto que, lejos de abatir el alma, inspira valor y eleva el genio. Las extraordinarias perspectivas nos revelan por todas partes un teatro de grandes milagros; toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura, se encuentran allí. Para el observador cada nombre encierra un misterio; para el estadista, cada gruta declara el porvenir; para el creyente, cada cima resuena con los acentos de un profeta. Como que el mismo Dios ha hablado allí.

Siguiendo la exploración de la Judea, vamos á emprender más grato y alegre viaje: á Belén, cuna de la estrella que iluminó al mundo; al Jordán, río bendito desde el día en que el Mesías recibió el bautismo en sus sagradas aguas.

De regreso á Hebrón, tomando el camino que conduce á Belén, contéplanse las gigantescas obras que guardan el nombre del gran Salomón, los vastísimos receptáculos llamados *el Burah* por los árabes. Estas tres piscinas, abiertas en el fondo de un angosto valle, en la

peña de una pendiente, de tal modo dispuestas que las aguas recogidas en la piscina superior pasan á la segunda y las de ésta á una tercera; están separadas por gruesos muros, y álzase alrededor una cerca revocada. Aquellos estanques son desiguales en dimensión: el superior tiene cuatrocientos tres pies de largo, el segundo quinientos sesenta y dos, y el tercero seiscientos diecinueve, por una anchura media de doscientos cincuenta y tres pies y una profundidad que varía de veinticinco á cincuenta; de lo cual resulta para los tres una superficie de cuarenta y dos mil doscientos treinta metros cuadrados á poca diferencia, habiéndose calculado que podían contener en total cuarenta y dos millones doscientos treinta mil litros de agua; las paredes no son constantemente verticales. Del tercer estanque salen las aguas por un acueducto, en gran parte arruinado, que con prolongados rodeos y salvando montes y valles, llegaba y llega todavía al monte Moriah, á Jerusalén. En diferentes épocas ha sido restaurado, pero la incuria y la barbarie son más eficaces en destruir que la civilización en restaurar; hoy día se halla inservible.

Los estanques de Salomón sólo sirven para estancar las aguas pluviales. A estos depósitos, es decir, á tres leguas del campamento, había de ir en busca de agua el ejército de los Cruzados cuando tenía sitiada á Jerusalén.

Escalones cortados en la roca permiten bajar al fondo, y robustos estribos sostienen en varias partes los muros contra el empuje de las tierras. Si bien por la historia sabemos que ha sufrido diferentes reparaciones, la obra acusa un trabajo eminentemente judaico y muy anterior á la época romana: nótese en ella un sello de remota antigüedad; por esto es casi universalmente admitida la tradición que le atribuye á Salomón; la Sagrada Escritura los menciona; Salomón mismo ha escrito en su Eclesiastés: «Yo mandé hacer magníficas obras, me edificué palacios y planté viñas;

»Formé huertos y vergeles; y puse en ellos toda especie de árboles;

»Construí estanques de aguas, para regar el plantío de los árboles.»

Así habla este Príncipe en la enumeración de las grandes obras que hizo para ser feliz, y que en seguida no le fué posible considerar sin escapársele del fondo de su corazón este reconocimiento, lo que harán igualmente todos aquellos que ansiando la dicha, la buscan fuera de Dios. «Y habiéndome vuelto á todas las obras de mis manos, hacia los trabajos que tantos sudores me costaron, ví que en todo no hay más que vanidad, y aflicción de espíritu, y que nada es subsistente debajo del sol.»